

§ 21. CANTOS GRIEGOS.

Ningun país puede alabarse de poseer canciones populares tan hermosas como la Grecia. Habiendo perecido la literatura bajo la opresion, vivió el canto entre los hijos de aquella que recibieron del cielo mas exquisito el sentimiento de la belleza; ni se siente en otra parte con tanta fuerza el lazo de la fantasia con el afecto, ni sabe acercarse tanto la sociedad á la naturaleza.

Lástima grande es que La Guilletière no haya llevado á efecto la coleccion completa de los cantos griegos, que habia prometido en 1676, en el prólogo á su *Lacedémone ancienne et nouvelle*. Hicieronse despues várias tentativas, hasta que Fauriel, en 1824, ayudado de Coray, Pikkolo, Hase y Mustoxidi, dió una coleccion de ellos con la traduccion al frente, y un discurso sobre el estado político y literario de la Grecia moderna, que debe consultarse por todo el que quiera conocer y comprender la historia de este pueblo resucitado. En esas canciones palpita realmente la belleza del país incomparable, la vida aventurera del marinero, la ira de la opresion musulmana, la esperanza en el Autor de la verdadera libertad.

El amor respira allí toda la dulzura de aquel risueño clima. Una serenata que se canta en Zante dice :

« Me convertiré en canario para venir á posarme en tu verja y cantar allí hasta que te despiertes. »

« Mis ojos quieren dormir; mas por ti, luz mia, por ti hago que velen. »

« No estoy acostumbrado á las malas noches; alguna noche me encontrarán muerto á tu puerta. »

« Que caigan rayos, que se cubra el cielo de tinieblas, que truene ó que llueva, á tu puerta espero por un dulce beso. »

Este es un gemido en la muerte del amado :
« Ayer murió mi pastor, y cuatro me le llevaron sobre los hombros, cuatro á su última morada. »

« Murmura el sepulturero por lo bajo, y cruje con frecuencia las tablas del ataúd. »

« Me acuerdo que nos sentábamos juntos en la fuente : « ¿Quién de nosotros (decíamos) vivirá mas? » »

« Y al decir : « ¿Quién de nosotros vivirá mas? » súbito resonó en torno : « ¿Quién vivirá mas? » »

« ¡Caso triste! que marchitó tan pronto la flor de mi delicada juventud. »

« ¡Oh muerte! ¡ten piedad de mí, ven! me pareces un suave suspiro. »

« Dijéronme que á média noche te ponen en la sepultura; y dí para tí mi vestido, ¡el último!... »

— ¡Que los que me sepulsen, si aun me aman, enlacen nuestros brazos! »

Al mar.

« Mar, salado mar, vuélvete ahora dulce; no amargues á ese jóven que te he enviado. »

« ¡Malditos sean los calafates que hacen las barcas! Pues estas se llevan á los hermosos mancebos. »

« ¡Oh Cielo! no mas lluvia, ¡por favor! Con mis ojos riego ya la yerba. »

« Partiste, mi águila de oro, y en pos de tí envié un canto, un hermoso jazmin, ¡flor preciosa! Partiste, y me dejaste con una copa de amargura, para comer y cenar hasta que vayas y vuelvas. »

« Partiste, mi águila de oro : ¡ah! no te olvides de mí; no ames á otra en el país extraño adonde vas. »

Al amigo ausente.

« Ave peregrina y doliente, estás en tierra extranjera, y yo me consumo pensando en tí. »

« Si te envió una manzana, se pudre; si te envió un membrillo, se seca. Te mando tambien mis lágrimas en un pañuelo de oro... »

« Despiértome por la noche, y pregunto una á una á las estrellas : ¿qué hace ahora mi amigo? »

« Barquilla mia de tres remos, que vas con tu pequeña vela, saluda al que amo, al que tengo en el Fanari. »

« El mar y los vientos disfrutan de mí bien; me privaron de mi amado. »

« Me convertiré en golondrina, para ir á tu alcoba, y anidar en las almohadas de tu lecho. »

« Me convertiré en golondrina, para posarme en tus labios, besarte una y dos veces, y volar. »

« Que el sol no te abraza, ¡dueño mio! ¡Las nubes del cielo te presten su sombra! »

« Acércase una barquilla y recoge sus velas; dentro viene el jóven que me ama y acaricia. »

« El ruiseñor que se habia ido á tierra extranjera, vuelve á entonar su acostumbrado canto. »

La tejedora.

« Cuanto tiene el cielo de alto y el mar de profundo, otro tanto lienzo tejió la jóven en el patio de su casa. Pasó el hijo del conde á caballo. »

« Querida, tejes y de mí no te acuerdas. »

— Si tejo, si devano, no por eso me olvido de tí. En el pintado lienzo, en mi telar, en la punta de la lanzadera tengo tu imagen. »

« La madre oye desde la ventana. « ¡Ah buena pieza! deja que vengan tus hermanos, y que se lo diga. Ya suben la escalera. »

« ¡Oh! tenéis una hermana, pero sin honra. »
« Constante empuña la espada, Yaní coge la

pistola, y el otro, el mas jóven, ase del puñal. Y cuando la hubieron muerto, iban y la preguntaban : « ¿Qué quieres, Aretusa nuestra, qué deseas, amada Arete? ¿Quieres tu traje de terciopelo, ó el de seda? »

— Ponedme mis ropas ensangrentadas, y pasadme por delante de la casa del conde, por sus patios, por debajo de su ventana. »

« Y el hijo del conde se asomó á la ventana : ve venir las cruces y oye el rezo de los sacerdotes. « ¿De quién se ese cuerpo? ¿De quién ese entierro? »

— El cuerpo es de Arete, de Arete es el entierro. »

« Y el conde que le oyó, se sintió muy condolido; sacó un puñal de oro de una vaina de plata, lo levantó y se lo clavó en el corazon. Los depositaron en una misma fosa, sobre una misma almohada. Y la jóven se convirtió en caña y el conde en cipres. El viento sacude la caña, y besa al cipres; así, si no se besaron mientras vivian, se besan despues de muertos. »

El extranjero y la doncella.

« Estamos en mayo, el mes del rocío, la buena estacion; ahora quiere el extranjero ir á su patria. De noche ensilla el caballo, de noche le hierra : le pone herraduras de plata, clavos de oro y una hermosa brida, toda cubierta de perlas. »

« La jóven que le ama, que por él se desvive, tiene una luz y le alumbrá, una copa y le sirve de beber; y á cada copa que le da, le dice : « Llévame, señor, llévame contigo : te prepararé la comida, te dispondré el lecho en que descanses, y haré mi cama junto á la tuya. »

— Al punto adonde voy, querida mia, no van las jóvenes; todos allí son hombres y valientes. »

— Vísteme, pues, de hombre, dame un caballo veloz con silla dorada, y correré á par tuyo, como un valiente. Llévame, llévame contigo. »

La madre y su hija moribunda.

« Allí, sobre aquella montaña que esconde su frente en las nubes, y sus piés en los vapores, crece la yerba del olvido. Las ovejas olvidan, paciéndola, sus corderillos. Vé, pues, tambien tú á lá montaña, para que me olvides. »

— ¡Ay de mí! Aunque comiera mil veces de esa yerba, ¡no podria jamas olvidarte! »

La poesia popular en Grecia (dice Fauriel) no lleva nombre de autor, ó lo lleva fingido : prueba de que no componen por vanidad, sino por necesidad del corazon conmovido, y de que el mejor premio del canto es el canto mismo. No se sabe si versos que encierran una grande idea y están expresados con un lenguaje admirablemente adecuado á la idea, son obra de un

pastor, de un campesino, de un operario, de una pobre vieja; pero en lo que no cabe duda es en que son obra de uno que no sabia leer, que no sabia medir versos, y que cantó porque no podia ménos, porque no sabia hablar de otro modo. El estilo varía, segun la poesia es de las llanuras, de las montañas, ó de las islas; cuál es la mas bella, no se sabe. En Janina, los curtidores especialmente, hacen esas canciones que luego circulan por el Epiro y aun mas léjos; en los campos, las hacen los pastores. Las mujeres componen las elegías fúnebres, y sus cantos revelan una tristeza afectuosa. Las canciones guerreras son del mismo clefta, ó de los ciegos que recorren la Grecia, y viven de armonía, como los antiguos rapsoditas.

« Allí solo viven de limosna los ciegos; ni es limosna el canto, arte necesario á aquel pueblo, hasta que las gacetas lo sustituyan. En tierra firme y en las islas los ciegos aprenden todas las canciones que pueden, y van cantándolas desde el Peloponeso á Constantinopla, desde el Mar Jonio al Mar Égeo. En cuanto aparecen, se ven rodeados de pueblo, mas en las aldeas que en las ciudades, y en estas con preferencia en las calles de la que se llama plebe. Dicen las canciones mas adecuadas al lugar, al tiempo, á la gente. Tocan una lira que deberia tener cinco cuerdas, pero se contenta con tres, y algunas veces con dos. Cantan solos, ó dos y tres juntos, ya composiciones suyas, ya ajenas. Siempre viajando, recogen los rumores que la fama esparce, y los modifican y difunden por toda la nacion la noticia de las cosas, historiadores y novelistas. Las mas de las veces componen para los nuevos versos un aire nuevo; algunos improvisan. Un tal Gavoyanni, en Tesalia, anciano de fines del siglo pasado, era célebre por las canciones históricas que improvisaba, y por las innumerables historias de cleftas que sabia de memoria. Se formó con el canto un pequeño estado; é iban (ejemplo raro) á oírle á su casa. Los Albaneses, soldados del baja, le pagaban caros los elogios que hacia de sus hazañas aquel hombre indigno de decir las de sus Griegos. »

« Acudian los ciegos á las fiestas que cada aldea suele celebrar en el dia de su patron, llamadas *panegirios*, y á las que concurre casi toda la gente de las aldeas vecinas, con alegre pompa y músicas. Van la vispera, y cada aldea hace por sí sus tiendas ó cabañas. Risa y cantos, sonidos de zampoña y de lira, voces sutiles de doncellas, alegres gritos de mancebos, habla baja de las personas de edad... Allí los ciegos cuentan muchos oyentes, dispuestos á los mas ardientes y generosos afectos; admiracion, ternura, piedad. Desde allí se esparcen con rapidez las canciones nuevas, y al siguiente dia resuenan en mas de diez aldeas, célebres por aquella solemnidad. Unas tienen acompañamiento de lira y otras de baile; y poesia y baile son una misma cosa. »

Conservan muchas de las fábulas antiguas,

pero transformadas ó encubiertas. Así Caron es el dios de la muerte, que bajo la forma de varios animales coge sus víctimas. En la cima de un monte bailan las Neréidas, tres hermosísimas jóvenes, con piernas de cabra, y obligan al extraviado viajero á abrazarlas, precipitándole en seguida desde lo alto. — Vense, pues, reunidos en un solo grupo los atributos de las Orcadas, de los Sátiros, de las Gracias y de la Esfinge.

Otras veces son preocupaciones modernas, y la bien conocida balada de Bürger tiene su cotejo mas rápido y mas natural en esta otra, rica de mayor afecto, de colorido tan lúgubremente fatal, y fundada tambien en esas creencias en espectros, tan comunes entre los pueblos :

« Madre, con tus nueve hijos y una hija ; en sitio oscuro la lavaste, en sitio claro le trenzaste el cabello, y á la luz de la luna le estrechaste el ceñidor. Pues que te la envían á pedir de Bagdad, dala, ¡oh madre ! da á tu Arete, envíala á tierra extraña, para que tambien yo me solace en ese viaje.

« Eres cuerdo, Constantino ; pero has raciocinado mal. Sobrevenga dicha ó desdicha ¿quién me la traerá ? »

« Él le jura por Dios y por los santos mártires, que sobrevenga dicha ó desdicha, irá á buscarla. Y vino un año bisiesto y los nueve murieron. Mesaba la madre sus cabellos sobre el cadáver de Constantino : « Levántate, Constantino, mio ; quiero mi Arete ; me juraste por Dios y por los santos mártires que irías á traermela, sobreviniera dicha ó desdicha. »

« Y á eso de media noche va él á buscarla, y la encuentra peinándose á la luna. « Ven, Aretusa mia ; nuestra madre desea verte.

— ¡ Ah ! hermano mio, ¿ qué sucede ? Si hay alegría en mi casa, me vestiré ricamente ; si tristeza, iré como estoy.

— Ni alegría ni tristeza. Ven como estás. »

« Por el camino que transitaban, oyen pájaros cantar y decir : « ¡ Ay de ti, hermosa jóven, que llevas contigo un muerto !

— Escucha, Constantino mio, lo que dicen los pájaros.

— Son pajarillos, déjalos que canten ; son pajarillos, déjalos que digan.

— Tengo miedo de ti, hermano mio ; hueles á incienso.

— Ayer noche fuimos á San Juan y el cura nos incensó mucho. Abre, madre mia, abre ; aquí tienes á tu Arete.

— Si eres espíritu bueno, pasa adelante. Mi pobre Aretusa está lejos, en tierra extraña.

— Abre, mamá, ábreme ; soy tu Constantino. Te juré por Dios y los santos mártires que, sobreviniera dicha ó desdicha, iría á buscarla. » Y mientras abre la puerta, sale su alma.

« Bien hallada, madre. — Bien venida, Aretusa. ¿ Buscas á tus ocho hermanos ? Siete murieron ; á Constantino le mataron.

— Mamá, Constantino me trajo á casa. »

« Y la madre y la hija se abrazaron, y ambas quedaron petrificadas, muertas, y se las sepultó á las dos en la escualida fosa. »

El esclavo.

« Veníamos de Poniente, é íbamos á Levante : éramos cuarenta galeras y sesenta y dos fragatas : cuarenta iban á Morea y sesenta y dos á Anaplí. Teníamos hermosos esclavos, con grillos en los piés. Y el esclavo suspiró y se hendió la fragata.

« El bey le llama y le dice : « ¿ Quién suspiró y la fragata se hendió ? Si es uno de mis marineros, le daré su salario ; si es uno de mis esclavos, le daré libertad. »

« Y aquel le respondió con seco labio : « Yo soy el que ha suspirado, y la fragata se hendió.

— Esclavo, ¿ tienes hambre ? Esclavo, ¿ tienes sed ? Esclavo, ¿ te falta estipendio ?

— Ni tengo hambre, ni sed, ni me falta estipendio. He recibido hoy carta de mis padres ; hoy me venden las casas, me cortan las vidés ; hoy casan á mi mujer con otro, y mis hijos huérfanos conocen á otro señor.

— Si es así, esclavo, si es verdad lo que cuentas, entra en el establo y toma, si quieres, la mula. ¿ Quieres el caballo corredor, quieres el de andadura ? »

« Por el camino encuentra á un anciano que trabajaba en la viña...

« Espolea al caballo, va á la iglesia, y la halla cerrada. Espolea al caballo y llega á su casa.

« ¡ Á un lado, á un lado, los señores ! ¡ á un lado los dueños ! ¡ á un lado la clerecía ! que me sirva de beber mi esposa. »

« Le sirve una y dos veces ; le clava los ojos.

« Suegros, idos á vuestra casa ; padres míos, idos á la vuestra. Y tú tambien, marido por fuerza, véte ; que me ha sido devuelto mi Yani, mi primera guirnalda. »

« Y los dos se abrazaron, y como velas se extinguieron. »

Hemos omitido en el medio el diálogo con el viñador, que se encuentra en esta otra variación del mismo tema :

El rapto.

« Mientras estaba sentado comiendo en la marmórea mesa, mi caballo relinchó y se me rompió la espada ;

« Y adiviné en mi pensamiento : casan, dije, á mi amada, bendicen su union con otro hombre, le ciñen guirnalda para otro, la desposan, la dan á otro marido. Me dirijo adonde están mis setenta y cinco caballos. « ¿Cuál de mis setenta y cinco caballos es el que, al lucir el primer rayo en Oriente se encontrará en Poniente ? »

« Los caballos, en cuanto lo oyeron, todos orinaron sangre, y las yeguas abortaron todas.

Y uno viejo, viejo, con cuarenta mataduras, dijo : « Yo soy viejo y feo ; los viajes no me importan ; por amor á mi buena ama, haré una gran caminata : mi ama me daba de comer en la falda, y de beber en la palma de su mano. »

Ensilla pronto el caballo y salta encima : « Aprieta tu querida cabeza con un pañuelo de nueve brazas, y no quieras echarla de bravo ni arrimar las espuelas, pues me acordaré de mi juventud, y la echaré de potro y esparciré tus sesos en un espacio de nueve brazas. »

« Da un varazo al caballo, y anda cuarenta millas ; da otro, y anda cuarenta y cinco. Por el camino rogaba, diciendo : « ¡ Oh Dios ! ¡ que encuentre á mi padre podando la vid ! »

« Lo decia como cristiano, y fué escuchado como santo ; y halló á su padre podando la vid. « Buen trabajo, anciano. ¿ De quién es esta viña ?

— De la soledad y el dolor, del hijo mio, de Yani. Hoy casan á su amada con otro, hoy bendicen su union con otro hombre, hoy le ciñen guirnalda para otro.

— Dime, anciano ¿ los encontraré á la mesa ? — Si tienes caballo veloz, los encontrarás á la mesa ; si tienes caballo veloz, los alcanzarás en el punto de ser bendecidos. »

« Da un varazo á su caballo, y anda cuarenta millas ; da otro, y anda cuarenta y cinco. Y rogaba por el camino diciendo : « ¡ Oh Dios ! ¡ que halle á mi madre en el huerto regando ! »

« Lo decia como cristiano, y fué escuchado como santo ; y encontró á su madre regando en el huerto. « Buen trabajo, anciano. ¿ De quién es el huerto ?

— De la soledad y el dolor, del hijo mio, de Yani. Hoy casan á su amada con otro, hoy bendicen su union con otro, hoy la ciñen guirnalda para otro.

— Dime, anciano ¿ los encontraré á la mesa ? — Si tienes caballo veloz, los encontrarás á la mesa ; si tienes caballo veloz, los alcanzarás en el punto de ser bendecidos. »

« Da un varazo á su caballo, y anda cuarenta millas, da otro y anda cuarenta y cinco. El caballo relinchó, y la doncella lo conoció.

« Querida mia, ¿ quién te habla ? ¿ quién conversa contigo ?

— Es mi hermano mayor, que me trae el dote.

— Si es tu hermano mayor, sal á servirle de beber ; y si es tu amante, saldré yo á matarle.

— Es mi hermano mayor, que me trae el dote.

« Toma una copa de oro para salir y servirle de beber. « Á la derecha estamos, ¡ oh hermana ! sírveme de beber á la izquierda, ¡ oh doncella ! »

« Y el caballo se arrojó y la jóven se encontró encima.

« Corrió con la rapidez del viento : los Turcos toman los fusiles. Pero ni vieron al caballo ni el polvo que levantaba. El que tenia caballo

ligero, vió el polvo de sus piés ; el que tenia caballo veloz, ni aun vió el polvo. »

Todos los acontecimientos públicos son motivos de canto entre los Griegos ; pero, cabalmente, porque dichos cantos se renuevan, son rara vez conservados los antiguos. Á estos pertenece, aunque reformado, el de la toma de Constantinopla, que aun hoy se repite ; queja no exenta de esperanza :

« Tomaron la ciudad, tomáronla ; tomaron á Tesalónica ; tomaron tambien á Santa Sofia, el gran monasterio que tenia trescientas campanillas y sesenta y dos campanas, cada campana un sacerdote, cada sacerdote un diácono.

« En el punto que se muestra el Sacramento y el Rey del mundo, les vino una voz del cielo, de la boca de los ángeles : « Dejad esa salmodia, colocad en tierra al santo, y mandad á decir á los Francos que vengan á tomarlo ; que tomen la cruz de oro, y el Santo Evangelio, y la sagrada mesa, para evitar que sea violada. »

« Cuando la Virgen la oyó, lloraron sus imágenes. « Tranquilizáos, señora nuestra, no lloréis ; de nuevo con el trascurso de los años, con la sucesion de los tiempos, estas cosas volverán á ser tuyas. »

Como variedad ponemos el siguiente :

« Resuena el aire, resuena la tierra, está resonando todo bajo el cielo, resuena Santa Sofia, el gran monasterio, con cuatrocientos señales, con sesenta y dos campanas ; para cada campana un papaz, para cada papaz un diácono. Suban hasta los querubines, y salga el emperador. Y bajó una paloma del medio del cielo : « Dejad el cielo de los Querubines, y bajad los cantos. Papazos, tomad las cosas sagradas, y vosotras, velas, apagáos, pues es voluntad de Dios que sea turca la ciudad. Mandad á decir á Occidente que vengan tres buques ; tome uno la cruz, otro el evangelio, y el tercero mas hermoso nuestro santo altar, para que no nos lo tomen los perros y lo profanen. Se conmovió la Virgen, y lloraron sus imágenes. — Tranquilizáos, señora ; y vosotras, imágenes, no lloréis. De nuevo con el trascurso de los años, con el tiempo serán vuestros. »

La esclavitud.

« ¿ Qué tienes, corazón mio, que me dueles ? ¿ qué tienes, que te hace gemir ? ¿ No chanceas, corazón mio, no te ries como solias ? — ¡ Y qué ! ¿ me ha sucedido por ventura alguna dicha, para que tenga que chancear ó reír ? ¿ No ha llegado acaso lo hora de la esclavitud, la hora del destierro ?... Se separan el hijo de la madre, y la madre del hijo ; se separan los enamorados esposos, y desde el acto de su separacion, no vuelve á crecer la yerba. »

Las canciones mas notables son las de los cleftas, ladrones, segun denota su nombre, ó bien brigantes, conforme al sentido que á esta voz se dió en las Calabrias y en el Tirol. Esta

gente, armada ó internada en los montes, resistió sin cesar á las milicias de los bajás; valientes, sufridos, impertérritos en los tormentos, y resueltos á no dejar, ni aun muriendo, sus cabezas en mano de los musulmanes, que las exponen como triunfo suyo y terror de los demas. Su deseo es morir en el campo de batalla ántes que en la cama; por lo demas, sencillos en el modo de vivir, serenos, devotos á las reliquias, generosos en la amistad, delicados de sentimiento, especialmente para con las mujeres, amantes del vino y de las canciones.

Y estas canciones las componen ellos mismos, ó mas bien los ciegos mendigos, y en ellas cantan sus propias hazañas ó las ajenas, no siendo ménos ardiente su amor patrio que el de los hechos que celebran; centellas que producirán tal vez un nuevo Homero.

El joven clefta.

« Mamá, os digo otra vez, no puedo servir á los Turcos, no, no puedo: tanto ha sufrido mi corazón que lo tengo partido. Me voy á tomar el fusil, y á hacerme clefta, á vivir en las cimas y los montes, á tener los bosques por compañía y á conversar con las salvajinas, á tener las nieves por cubierta y por cama los peñascos, y por fin, á estar todo el día con los jóvenes cleftas.

« Quiero irme, mamá, no llores. Dadme vuestra bendición, y pronosticadme, mamá, que he de degollar á muchos Turcos. Plantad un rosal y un clavo especia negro; los regaréis con azúcar, los regaréis con almizcle. Mientras que les veáis sacar hojas y dar flores, sabed que no murió vuestro hijo, y que está haciendo la guerra á los Turcos. Y si llega una jornada de desventura, una jornada mortal, se marchitarán ambas plantas y caerán las flores; entónces me habrán herido, y vos vestiréis de luto ».

Pasaron dos años y quince meses; florecían los rosas, y se abrian los capullos. Y una mañana de primavera, el día primero de mayo, mientras estaban cantando los pajaritos, y estaba despejado el cielo, de repente estallan relámpagos y truenos, y se pone nublado el tiempo. Crujió el clavo especia, hizo un ligero ruido el rosal, y súbitamente se secaron ambos y cayeron las flores, y con ellas cayó también muerta la pobre mamá.

El nuevo palicra.

« Está tranquilo, Basilio; llegarás á ser gran montero, adquirirás rebaños, bueyes y reses, tierras y viñas que cultivarán las doncellas.

— No quiero estar tranquilo, mamá, para llegar á ser gran montero y adquirir viñas que cultiven las doncellas, y ser esclavo de los Turcos, albarda de perros. Traedme la grande espada y

la carabina, para que me vaya volando, lo mismo que un pajarito, á las cimas de los montes, y dando vueltas por las montañas, paseando por las selvas, y halle nidos de cleftas, moradas de caudillos; vaya á hallar á Mándalo y á reunirme con Basteir, que luchan contra los Turcos y los Albaneses; en compañía de ellos pase sobre las cabezas de los Turcos, mate tres con una estocada, cinco con un tiro, y cuarenta ó cincuenta con mi cimitarra. »

Por la mañana muy temprano da un abrazo ó su madre, y muy temprano se pone en camino. « ¡Adios, escarpados montes, húmedos céspedes! — ¡Adios, mozo esforzado, valeroso palicar! »

Dieron con él los Turcos, y le pusieron asechanzas; fueron á esperarle en una senda salvaje; pensaban aquellos perros que era como uno de ellos, é iban con cuerdas para atarle como si fuese un carnero. Pero aquel mozo esforzado, aquel valiente palicar desenvaina la grande espada y hace una carnicería con ellos: parece un segador cuando corta las espigas; pero en vez de espigas siega cabezas de Turcos. Segó diez y ocho Turcos, é hirio treinta; además les tomó los bagajes y llegó á ser caudillo.

El clefta indómito.

« Aunque se haya hecho turco Derveni, y le hayan cogido los Albaneses, está con vida Estérrio, y no rinde homenaje á ningun bajá. Mientras se cubran de nieve los montes, de flores los campos, y se llenen de agua fresca las balsas, no me he de inclinar delante de los Turcos. Vamos á poner estaciones donde tienen guardadas los lobos; en las cimas de los montes, en las cavernas, entre las rocas y los peñascos. En los países viven los esclavos y bajan la cabeza ante los Turcos: nuestros países son los yermos y matorrales. Vivir ántes con las fieras que con los Turcos. »

La lección del clefta.

« Nanno reunió en las altas cimas de los montes á los cleftas, jóvenes y valientes;

« Los reunió, los ordenó, hasta en número de tres mil, y todo el día los enseñaba, toda la noche les estaba diciendo:

« Escuchad, mis valientes, escuchad: no quiero cleftas semejantes á cabritillos; quiero cleftas de espada, de fusil.

« Capaces de andar en una noche el camino de tres, de ir y saquear las casas de la Nicolina, que tiene tanto dinero y vajilla de plata.

— ¡Bien venido, Nanni! ¡bien venidos los valientes!

— Los jóvenes quieren paga; los valientes zequíes de oro. Y yo quiero la señora... »

Este último sentimiento es uno de los rarí-

simos en que falta el respeto al bello sexo, que es otro de los caracteres del clefta.

Un clefta condenado á muerte.

« ¡Adios, elevados montes y cristalinas cascadas, frescos crepúsculos y noches de luna, y vosotros, pobres cleftas, en vuestras solitarias moradas! No me ha atacado enfermedad alguna, y estoy para morir... Pero si me traspasa el cuerpo una bala, me queda el alma. Seré una ave negra, una negra golondrina; despertaré las guardias; sostendré la lucha, y á lo que concluya, iré á ponerme junto á un hermoso cipres, á contar los heridos y llorar los muertos, que sienten y lloran sus madres. — Diez le iban delante, y doce detras; cuarenta le acompañaron hasta la puerta del visir. — Adios, cleftas; y vosotros, bondadosos compañeros, adios. Enterradme cerca de una balsa..., y cuando de Santa Sofía, del gran monasterio salgan los olores del incienso, el día de Pascua, me volveré avecilla é iré á cantar yo también en Constantinopla la sagrada Resurrección. » No bien habia concluido de hablar cuando se oye un estrépito de puertas y ventanas... Tres tiros le echaron, y se cayó muerto. Dejaron los Turcos el cuerpo y se llevaron la cabeza. Y en el sitio donde le sepultaron junto á una balsa, nació un cipres que tiene un nido en medio; y todas las primaveras un ave negra está deseando con ansia que salgan los olores de incienso el día de Pascua.

Canto del clefta moribundo.

« Montañas, ¿cómo no os secáis? trincheras, ¿cómo no lloráis? Atacaron á Jorge allá abajo, en Macricampo; le dispararon tres fusiles de Covada:

« Uno no hizo mas que pasar, el otro le hirio apénas, y el tercero, el mortal, le entró por la boca.

« Esta se le llena de sangre, y de amargor los labios: entretanto su lengua murmura, como gorjea el ruiseñor.

« ¿Donde estáis, mis valientes, pocos en número, pero bravos? Rescatad mi sangre de los que guardan los pasos, y no me dejéis en tierra de Turcos, no sea que estos vengan y pisoteen mi cabeza.

« Cogedme y llevadme á una alta colina; cortad ramas, y formadme con ellas una almohada.

« Abridme una fosa capaz para dos personas, de modo que esté derecho y combata, y echándome pueda volver á cargar (1).

« Y á mi derecha dejad una ventana, para que los pájaros entren y salgan, y canten la primavera. »

1) Para cargar el arma con seguridad, el clefta se echa y luego tira de rodillas.

El siguiente es una variedad de este:

« Descendia el sol, y Dímas daba las órdenes: « Id, hijos míos, id á buscar agua para vuestra comida de esta noche: tú, Lamprákis, sobrino mio, siéntate á mi lado; toma, viste mis armas, y sé capitán. Y vosotros, mis valientes, tomad mi pobre y querido sable; cortad ramas frondosas, hacedme con ellas un lecho donde repose, é id á buscarme un confesor con quien confesarme, á quien decir todos mis pecados. Fui treinta años armador, fui veinte años clefta; ya ha llegado mi última hora, voy á morir. Cavadme una pequeña sepultura, alta y ancha para que pueda combatir de pié, y cargar mi arma al costado. Dejadme á la derecha un agujero, á fin de que las golondrinas vengan á anunciarme la primavera y los ruiseñores á celebrar con su canto el hermoso mes de mayo. »

Adios de un clefta moribundo.

« Levántate, baja á la playa, sumerge tu seno en las olas; sírvate el brazo de remo, y el cuerpo de navecilla; y si Dios y la Virgen te permiten superar el abismo, vé á nuestro campo, bajo la tienda donde hace poco asamos dos cabritos. Si nuestros compañeros te preguntaren por mí, no les digas que he muerto y que yazgo aquí; díles que me he casado en país remoto. Tengo por esposa la negra tierra, por suegra la pendiente de una colina, y por cuñados los guijarros. »

El monumento del clefta.

« El sábado y todo el domingo habíamos bebido, y el lunes por la mañana nos faltó el vino. Me mandó el capitán que fuera á tomar. Yo extranjero, y poco versado, no sabia el camino; anda y mas anda por caminos extrañados, y sendas solitarias. Iba la senda á parar á un elevado peñasco, que estaba lleno de lápidas de palicares. No quise pasar por medio, sino que me senté y eché á contar cuantos monumentos habia. Eran ciento, y además doscientos mármoles, y un monumento separado de los otros. Pasé por casualidad por la parte de la cabeza, y salió una voz de la gente que habia dentro. « ¿Qué tienes monumento para murmurar? ¿qué tienes para suspirar? ¿te pesa acaso la tierra, ó la piedra negra? »

— Ni me pesa la tierra, ni la piedra negra; pero me duelo, y considero como un agravio y un desprecio que pise mi cuerpo el pié de un palicar. ¿No fui por ventura joven yo también? ¿No fui también palicar? ¿No anduve también de noche sin luna? ¿No luché en los montes con una espada de diez palmos y mi trabuco? Á cuarenta Turcos di la muerte en tres días y tres noches, otros cuarenta herí, é hice esclavos á muchos. Pero se rompió en dos pedazos